

DISCURSO

EL LUNAREJO ¿QUÉ DIRÍA HOY DE LA FILOSOFÍA?¹

Walter Redmond

Amigos del Lunarejo y amigos míos.

0. LAS PASIONES DEL LUNAREJO

Me propongo contestar la pregunta ¿qué diría Espinosa Medrano, el Lunarejo, de la filosofía de hoy? El filósofo cuzqueño del siglo XVII, si estuviera con nosotros esta noche, ¿cuáles observaciones haría acerca de nuestra escena filosófica? Puede que les parezca presumido éste mi propósito. Pues siempre es arriesgado decir lo que diría otra persona. Más aún si la persona es filósofo (son bien impredecibles). Y más aún todavía si es un filósofo que murió hace más de trescientos años (son aún más *imposdecibles*). Pero, sí, voy a aventurar una conjetura, puesto que lo que el Lunarejo nos diría, si no me equivoco, es importante para nosotros.

¿Cuál será nuestro método? Es sencillo; haremos dos preguntas. Primero ¿cuál fue la pasión filosófica del Lunarejo? Y segundo ¿qué pasa filosóficamente hoy? Para ver si hay situaciones análogas. Averiguaremos cómo él reaccionó a su situación para decir cómo reaccionaría a la nuestra.

1. LOS ZORROS DEL LUNAREJO

Preguntemos, pues, por las pasiones de Espinosa Medrano. Tenía tres. Todos sabemos que le apasionó la literatura, pues su fama principal descansa sobre su defensa del poeta Luis de Góngora en el debate culteranista. De las otras dos pasiones leemos en su *Philosophia Thomistica*, obra de lógica que salió en Roma en 1688, el año de su muerte. Son en efecto las razones por las que escribió su libro (Dígame de paso que tuvo otra razón: quería brindar a sus futuros alumnos un texto profundo y actualizado). Estas dos pasiones eran ataques o defensas—según el punto de vista. En el primero, junto con otros compañeros del Virreinato, censuró a Europa, porque les pareció que los filósofos de ultramar no reconocían debidamente las excelencias de la intelectualidad americana, sobre todo la peruana. Su tercera pasión fue su casería de los *zorros modernos* en defensa de la tradición filosófica— veremos luego lo que son estos zorros². Su crítica de los

zorros fue en realidad su motivo principal para escribir su lógica— y fue su pasión filosófica más ardiente, la causa que lo induciría, como veremos, a comentar nuestra filosofía de hoy.

Dijo en el prefacio que dirigió a sus lectores: A mi amparo acojo a los dignos pensadores de antaño; los protejo de los zorros modernos, ofreciendo generalmente ilustraciones con una reflexión original³.

Ostentó su propósito en la misma portada del libro; dijo que

exhibe y explica claramente la doctrina de los tomistas y escotistas [seguidores de santo Tomás de Aquino y de Juan Duns Escoto], apoya con reflexión original la veneranda sabiduría de Platón, Aristóteles, Porfirio, santo Tomás, Cayetano, y otros antiguos soldados de las ciencias luchando delante de los signos militares. Los avala y defiende de las celosas y rencorosas críticas de sus enemigos modernos, y generalmente analiza y resuelve, no sin habilidad, todos sus últimos argumentos⁴.

Ahora bien, es importante ver que el Lunarejo no es un viejo tonto que añora un pasado idealizado y que, chocho, amenaza con puño y bastón a todo el que ose añadirle algo o, peor, contradecirlo. Pues sigue diciendo en su prefacio:

Las opiniones de los modernos no me desagradan porque sean nuevas sino porque tratan de venderlos como originales cuando no lo son. Pongo especial cuidado en no atacar ni desairar malévolo a nadie; es claro, pues si bien critico alguna tesis, a menudo alabo a su autor en la misma discusión cuando tiene razón, y apruebo su diligencia⁵.

Esta imparcialidad del Lunarejo la podemos colegir de su lista de los «soldados de las ciencias» que luchaban en tierra de nadie. El Lunarejo fue discípulo de santo Tomás de Aquino, lo cual significa que también siguió a Aristóteles. Sin embargo nos proporcionó un catálogo de los «errores de Aristóteles». Y se propuso defender no sólo a los tomistas sino también a los escotistas antitomistas, y dijo una vez que en realidad no es importante seguir la opinión de un tomista. También defendió a Platón; en efecto su «defensa de Platón» en torno a los entes abstractos es uno de los pasajes más brillantes de su obra⁶. Y recalcó en su prefacio que «ama y venera» a los seguidores de Juan Duns Escoto y «quiere y mucho respeta a los nominalistas» jesuítas, a los que identificaremos en seguida⁷.

Pero noten entre paréntesis que Espinosa es consciente de ser *original* y que el serlo es un valor para él. Esto hay que decirlo a causa del deprimente mito que acusa a los escolásticos de servidumbre intelectual. A propósito de los mitos deprimentes, se sigue oyendo hablar del «atraso» de los escolásticos coloniales; dízque andaban a rastras detrás de los gloriosos avances de la filosofía europea. Pero acabamos de ver que el Lunarejo participó en tres controversias de su propio tiempo. Además, de los filósofos que citó (mencionó a unos 300 autores en su lógica), un cuarto son antiguos, otro cuarto son medievales o renacentistas, un quinto son escolásticos del siglo xvi y la *tercera parte* son del siglo xvii, su propio siglo. Mencionó más obras de su siglo que de cualquier otro, incluso al menos quince publicadas en Europa después de su nacimiento y cinco después de 1650— y se quejó de que «los libros de los más recientes» no llegasen al Cuzco⁸.

Bueno, ¿quiénes son estos *zorros modernos*, blanco de las acometidas del Lunarejo? No se trata de los inauguradores de la «modernidad», como Descartes y Bacon. Espinosa Medrano a todas luces no conoció a los “modernos” en este sentido de «modernidad», pero sí, citó a varios autores escolásticos que los conocían⁹. Los zorros modernos eran más bien un grupo de filósofos escolásticos rebeldes. Su rebeldía, si bien se desarrolló dentro de la escolástica, corría parejas con el espíritu que dio origen a la modernidad allá por la primera mitad del siglo xvii. Estos zorros escolásticos se impacientaban, como también Descartes y Bacon, ante ciertas gamas tradicionales de soluciones de viejos problemas y buscaban aproximaciones frescas¹⁰. El grupo incluía al cisterciense Juan Caramuel de Lobkowitz y a los jesuitas Pedro Hurtado de Mendoza, Rodigo de Arriaga y Francisco Oviedo¹¹. A propósito, los términos que el Lunarejo usaba para «moderno»¹² no tenían connotación negativa, pues los aplicó también a sus aliados filosóficos.

Espinosa criticó a los zorros en muchos puntos, pero su peor acusación desde su punto de vista, fue la del *nominalismo*. Hay que tomar esta palabra en el contexto de los universales: el nominalista prefiere hablar de las generalidades no tanto en función de su contenido (tal posición sería el «realismo»), sino en términos del *pensamiento* o del *lenguaje*. La palabra «nominalismo», pues, abarca dos complejos de doctrinas los cuales llamamos hoy *psicologismo* (privilegia los conceptos psíquicos de sujetos individuales) y *nominalismo* en un sentido más estricto (privilegia el discurso lingüístico de sujetos individuales). Uno de los propósitos apasionados del Lunarejo, pues, fue atacar al psicologismo y nominalismo— o como lo expresó él: *vox et conceptus absque re*: «la palabra y el concepto sin la realidad».

El psicologismo y el nominalismo, en comparación con otros planteamientos más objetivos, no son simplemente unas ligeras variaciones en la epistemología u ontología. Al contrario, la atención exclusiva al proceso mental o a los textos pronunciados o escritos, es afín a, o conducente a —y en algunas de sus formas ya es— el idealismo o el fenomenalismo, actitudes que, si bien son comunes en la modernidad, distan mucho de la cosmovisión que defendían Espinosa Medrano y la mayoría de sus colegas (o si vamos a eso, muchos filósofos actuales).

El Lunarejo refutó a su satisfacción los argumentos a favor del psicologismo y nominalismo. Pero lo que más lo irritó de los zorros fue su pretensión de ser *originales*, y creo que más que nada es por eso que los llamó «zorros». Fue su deleite hallar pasajes de filósofos anteriores que habían dicho lo mismo que ellos. El grupo de jesuitas, dijo, representaba el cuarto brote del nominalismo (en su sentido ancho) y no hacía sino repetir las gastadas ideas del pasado. Las tres erupciones previas ocurrieron, dijo, en los tiempos de Heráclito (en el siglo quinto a.C.— con su río al que no pudo entrar dos veces), Roscelín (en el siglo XI— con su «soplo de la voz»), y Guillermo de Ockham (en el siglo XIV— con su «navaja»). El Lunarejo inclusive compuso lo que esperaba que fuese el último epitafio del psicologismo y nominalismo (pero, como veremos, se equivocó).

Me Ochami sectam Hurtadus revocaret ab Orco
Ter functam; at quarto nunc sequor Eurydicen;
En jaceo, ingeniis non tanta potentia in umbris,
Vox et conceptus absque re larva sumus.

A mí, secta de Ockham, Hurtado del infierno
Me vuelve a sacar, tres veces fallecida ya,
Mas ahora por cuarta vez a Eurídice sigo;
Heme aquí, en las sombras impotente yazgo,
Un fantasma, palabra y concepto, sin realidad¹³.

A propósito, la lógica de Espinosa no es «filosofía seca» (otro mito deprimente en torno a los escolásticos); es humanismo, es *literatura*, llena de maravillosos apartes, diatribas mordaces y a la vez graciosas, hasta poemas. Sus contemporáneos admiraban no sólo su latinidad, sino su elegancia en castellano y en quechua (las tres lenguas en la rica historia intelectual de estas tierras). No me resisto a citar otro ejemplo de su poesía humorística. Su adversario Caramuel trató de eliminar la modalidad, reduciendo la posibilidad y la necesidad a proposiciones que no hicieran mención de ellas. Es interesante que Gottlob Frege, reformulador de la lógica clásica alrededor de 1900, relegó la modalidad a la

psicología, pero gracias a Lewis, Kripke y otros ha vuelto a recobrar su debido lugar en la filosofía. Y Caramuel compuso el siguiente cuarteto, felicitándose por haber liberado a los alumnos de lógica de este tema tan engorroso:

Stagirita crucem hic ubi declarare modales
Cooperat ingeniis fixit Aristoteles:
Illas ad reliquas summa brevitare reduco,
Antiquamque brevi tempore tollo crucem.

El estagirita levantó una cruz para las mentes
Al introducir las proposiciones modales,
Mas yo sin ambages a las demás las reduzco,
Derribando así sencillamente la antigua cruz.

Pero el Lunarejo descubrió un pasaje en otra obra de Caramuel en que éste, *usando una proposición modal*, se defendía contra un tal Bossio. Y el Lunarejo le dio esta respuesta poética:

Desine, Caramuel, priscum vexare modorum
Schema, quod ingeniis asseris esse crucem,
Quam si sustuleris, perdet te Bossius; ergo
Stare crucem tolera, qua est tibi parta salus.

Ya no vejes, Caramuel, los modos de antaño,
Que «cruz para las mentes» llamas, pues de derribarla
Bosio te gana; conque deja que siga de pie
Aquella cruz que tu redención ha obrado.

En resumen, pues, la gran pasión filosófica del Lunarejo fue refutar a los zorros modernos. Y los pasajes de arriba (y un estudio de la *Philosophia Thomistica*) sugieren los rasgos del movimiento:

- * estuvo de moda en ciertos círculos avanzados¹⁴
- * se alardeaba de ser nuevo pero en realidad no era original
- * esgrimía argumentos que suponía contundentes pero que tenían contestación
- * conllevaba desplazamientos filosóficos fundamentales.

Por supuesto, al Lunarejo no le importaba que los zorros estuvieran de moda y, como vimos, mostró que eran vanas sus pretensiones de novedad. Además, opinó

haber acabado con sus plagiados razonamientos una vez por todas. Y vio que la crítica de los zorros era más que negativa: era destructiva, pues le parecía desmoronar algunas de las conquistas fundamentales de la filosofía occidental.

Antes de pasar a la filosofía de hoy, debemos aclarar la actitud del Lunarejo hacia la historia de las ideas, pues a muchos filósofos actuales, gracias a Hegel, parecería extraña. Hoy el mundo intelectual está lleno de «superacionistas»; el Lunarejo fue «perennista». Un superacionista clasifica las ideas en dos categorías, la una relativamente buena y la otra mala: *vigente* y *superado* (evocando así el contraste entre *geltend* y *aufgehoben*). Para el pensador perennista, las categorías fundamentales, también con matiz de valor, son *verdadero* y *falso*. El superacionista pega las ideas al tiempo y al espacio, privilegiando el *aquí* y *ahora* y subestimando lo pretérito y allende. Tal favoritismo epistemológico de la fugaz inmediatez espacio-temporal, fuera de los obvios problemas teóricos que oculta, puede tener una desafortunada consecuencia práctica para el filósofo: el frenesí de estar al tanto.

El perennista acoge hasta las ideas de tiempos pasados-de-moda y de lugares fuera-de-moda, si las cree verdaderas e interesantes, y rechaza hasta las ocurrencias de rigor de las autoridades más acatadas si las cree falsas o impertinentes. El perennista no rechaza la historia intelectual; al contrario, la *tradición* es más importante para él que para el superacionista. «Tradición» para él evidentemente no significa que las ideas verdaderas marchen triunfalmente por la historia liquidando a codazos a cualesquier falsedades con que tropiecen. El perennista, como el superacionista, reconoce la *dialéctica* de la historia, ve la historia como es: con sus paradigmas, con sus continuidades y rupturas, con sus arranques esperanzados y sus fenecimientos escépticos y relativistas— pero también reconoce los aciertos y reveses de la historia, sus verdades y falsedades. Para él hay un juego perenne de creencias entretrejidas, las cuales, en cualquier época y en cualquier sitio, pueden juzgarse como importantes o de más, no al caso— y también pueden juzgarse como —y son— verdaderas o falsas.

2. LOS ZORROS ACTUALES

¿En nuestra escena filosófica hay fenómenos parecidos al siglo XVII del Lunarejo? ¿Tenemos nuestros «zorros»? Sin duda, el Lunarejo, para su consternación, vería como otro tedioso rebrote del psicologismo y nominalismo recientes exégesis filosóficas de las lógicas «desviadas» que imitan la vaguedad del pensamiento o del lenguaje. Y recalcaría su semejanza con la rebeldía de los psicologistas y nominalistas de su tiempo. Pues, los promotores de estas lógicas,

felices, al parecer, en su ignorancia de la historia de la crítica del psicologismo y nominalismo, se enorgullecen de las supuestas novedades de sus planteamientos. Espinosa también notaría que estas concepciones destruyen nociones fundamentales de la filosofía, como las de rasgo e inclusive verdad. Pero preguntémosnos si esta reciente erupción del psicologismo y nominalismo en la lógica no es más bien síntoma de una *propensión más general* de la actualidad filosófica.

La respuesta sería obvia para Espinosa Medrano: la tendencia paralela de hoy es el *escepticismo*. Se asombraría tal vez de ver que vivimos en una de las épocas más escépticas y relativistas de la historia occidental. Esta proclividad «zorrera» se vincula con lo que se ha llamado *«posmodernismo»*, al menos dentro de la filosofía. Los posmodernistas invierten una cantidad extraordinaria de energía para demostrar lo que nos es prohibido no sólo saber sino ni siquiera opinar racionalmente. Supersuspicaces, dudan de todo, tanto del conocimiento como del mundo. Nuestras creencias no representan la realidad ni expresan la verdad. Los textos que producimos no tocan el mundo del ser y del valer. De dos creencias opuestas no puede decidirse cuál sea la verdadera. La ciencia es superstición. El sentido de los signos lingüísticos es escurridizo: no podemos entrar dos veces, tal vez diría un Heráclito posmoderno, en el mismo enunciado. La filosofía no sirve sino para abrirnos a la sospecha e ironía. Los más milenaristas entre ellos predicán la escatología: se ha detenido la historia, dicen, y es tiempo de apearnos de ella. Y el Lunarejo se daría cuenta de su constante moralismo: con visajes si no de burla al menos, y peor, de tragedia, nos curarán de nuestras pretensiones cognoscitivas y morales.

Pero lo que más fastidiaría al Lunarejo es esta particulita «pos»: los posmodernistas presumen de ser «pos», después. Como si vinieran «después» de la modernidad. Como si afirmaran cosas nuevas, como si lanzaran movimientos originales, como si con ellos hubiese llegado alguna *New Age* del milenio. Pero no tienen derecho a tal prefijo, insistiría Espinosa Medrano. El posmodernismo es más fin que promesa. Más que jóvenes, parecen sus promotores, por su pesimismo y su negatividad, ser ancianos que con puño y bastón arremeten contra la ciencia, la ontología, la ética. No llegan *post. después* de, la modernidad; quedan en sus postrimerías, o más bien en la agonía de algunas de sus corrientes que ya no dan por haber negado todo lo negable. Pues el Lunarejo probablemente vería como desarrollos cansados no sólo el reciente psicologismo y nominalismo, sino especialmente nuestro idealismo y fenomenalismo y, en un nivel todavía más fundamental, el subjetivismo e individualismo que han saturado nuestra modernidad. Nuestros zorros escépticos, pues, diría el Lunarejo, pertenecen no a la posmodernidad sino a la modernidad *tardía, posterior*.

Históricamente, el escepticismo y el relativismo suelen estallar al final de los paradigmas filosóficos, nunca a sus principios. Lo moribundo dice que no; lo naciente que sí. Y el Lunarejo, con maligna satisfacción, se gozaría de señalar los *plagios* de nuestros escépticos modernos posteriores.

El escepticismo apareció entre los sofistas en el ocaso del primer entusiasmo de la filosofía griega. Gorgias declaró que el conocimiento, de ser posible (no lo es, en realidad, ni hay cosas de veras), no podría comunicarse porque los signos lingüísticos difieren de su presunto objeto y son distintos en varias personas. Al menguar el apogeo de Sócrates (quien, a propósito, usó la ironía para hallar la verdad, no para mofarse de ella), Platón y Aristóteles, estalló una escuela escéptica, y sus miembros, como nuestros escépticos de hoy, consumieron la mayor parte de su energía filosófica para probar lo que no podemos probar. Enesidemo de Knossos llenó ocho libros con diez *topoi* de argumentos escépticos. Pirrón había dicho que cualquier proposición afirmada puede, con razón, ser negada. Y por ser la verdad inalcanzable, lo único que nos queda es la *epojé*: nunca decir que sí, al tiempo que guardamos una sobria *ataraxia*, tranquilidad. Arcesilao no estaba seguro de nada, ni de que estuviera seguro de nada, y para Carnéades de Cirene el conocimiento es imposible pues no hay criterio de la verdad¹⁵.

El escepticismo volvió a brotar después del florecimiento de la filosofía medieval, un siglo antes del tiempo del Lunarejo— por cierto, al mismo tiempo que su brillante renovación en el Siglo de Oro ibérico e iberoamericano. Michel de Montaigne hizo revivir las dudas pirronistas: la experiencia sensible no es de fiar, los juicios de valor son relativos y falta la certeza para fundar la metafísica. Montaigne terminó preguntando «*que sçay je?*», pero su amigo Pierre Charrón le dio la respuesta «*je ne sçay rien*». Es interesante que Charrón fue sacerdote católico— en efecto, hoy en día el fideísmo, la compaginación de la fe con el escepticismo racional, domina nuestra escena religiosa, espiritual y teológica (el papa tuvo que escribir una encíclica para reponer la razón al lado de la fe).

Y el Lunarejo también se habría enterado de la erupción del escepticismo en David Hume tras ralentizarse los primeros ardores racionalistas y empiristas de la modernidad. Es famoso su mandamiento, el cual dice que debemos obedecer cuando en nuestras bibliotecas damos con un libro de metafísica que no dice nada de hechos y existencias: «*commit it then to the flames for it can contain nothing by sophistry and illusion*»— ¡a las llamas con él, pues nada puede contener sino sofistería e ilusión!¹⁶

El Lunarejo, podemos suponer, reconocería tres erupciones del escepticismo antes del escepticismo en la modernidad tardía (para no decir «posmodernista»).

No creería que nuestro escepticismo, por ser moribundo, durase mucho más tiempo y esperaría que fuese este cuarto brote el último. Y para conmemorar este evento tan significativo, a lo mejor compondría su epitafio, alterando ligeramente el verso que tan en vano escribió para la tumba del conceptualismo y nominalismo de su tiempo:

Me Pyrrhonis sectam Post-Moderni revocarent ab Orco
Ter functam; at quarto nunc sequor Eurydicen;
En jaceo ingeniis non tanta potentia in umbris,
Ironia et suspicio absque re larva sumus.

A mí, secta de Pirrón, los posmodernos del infierno
Me vuelven a sacar, tres veces fallecida ya,
Mas ahora por cuarta vez a Eurídice sigo;
Heme aquí, en las sombras impotente yazgo,
Un fantasma, ironía y sospecha, sin realidad.

Pero ¡basta con el pesimismo intelectual! Espinosa Medrano pudo ser tremendo en su crítica porque esperaba en la verdad. Terminemos con su esperanza. Como todos saben, escribió una obra de teatro en quechua, «El hijo pródigo». Contiene mucho simbolismo, como era la costumbre de su tiempo: el hijo «perdido» es Cristiano, a quien Mundo persuade mañosamente a abandonar la casa de Padre Amoroso. Creo que Espinosa Medrano nos permitiría alterar ligeramente el simbolismo de su reparto de la siguiente manera. Padre Amoroso será *Filosofía Verdadera*. Hijo Perdido será *Joven Filósofo*, y Mundo será *Escepticismo Moderno Tardío*. Joven Filósofo es seducido por los alicientes altisonantes de Escepticismo Moderno Tardío, pero después de sus conocidísimas aventuras con mujerzuelas y puercos, regresa, sucio, pobre, desamparado, a su hogar. Todo termina con las palabras jubilosas que grita Filosofía Verdadera mientras, después de tanto tiempo, vuelve a abrazar a su hijo, Joven Filósofo:

Tusuy kachun, kachun jaylli!
Kusichiwanchunku tukui;
Churillayta maskkasqaypim
Qana tarikampuniña¹⁷.

¡Que bailen y triunfantes canten!
Todos más me han de alegrar,
Que tras tanto buscar,
por fin a mi hijo encontré. □

Notas

- 1 *En la presentación de La lógica en el Virreinato del Perú. Instituto Riva-Agüero. Lima, 25 de noviembre de 1998.*
- 2 Redmond. «Self-Consciousness in Latin American Philosophy» (a publicar) y «Una defensa de la América intelectual/ Apologías por pensadores peruanos del siglo XVII». *Latinoamérica (Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México)*, n. 14 (1981), 213-237. y «Latin American Colonial Philosophy/ The Logic of Espinoza Medrano», *The Americas (Academia de la Historia Franciscana Americana)*, t.30, No. 4 (Abril de 1974), 475-503.
- 3 *Igitur antiquitatis canos thomista suspicio, a juniorum vulsibus defendo, et nova meditatione plerumque illustro;... Candido lectori, segunda página.*
- 4 *Ubi peripateticorum doctrina dilucide exponitur, declaratur. veneranda antiquorum sapientia nova meditatione suspicitur, explicatur: Plato, Aristoteles, Porphyrius, d[ivus] Thomas, Cajetanus, aliique veteres scientiarum antesignani ab aemulorum invidia et neotericorum morsiculis vindicantur, defenduntur, et ut plurimum nova omnia hostium argumenta non invita (ut dicitur) Minerva, perpenduntur, enodantur. Los «peripatéticos» son los tomistas y escotistas.*
- 5 *[N]eque opiniones neotericorum displicent quia novae sed quia quum non sint pro novis venditantur. Neminem data opera incurro aut invidiose traduco; id vel inde liquet quodsi quem disserendo nunc impugno, in eadem (non raro) disputatione mox de aliis quae recte sentiat ingenue laudo ejusque industriam amplector.*
- 6 *Errores de Aristoteles: 260:III-261:IX (el primer número es la página y el segundo el párrafo). Tomista, hablando de Cayetano: 221-I. Defensa de Platón: 52:1-69:73 (sobre todo el quinto teorema); mi traducción: «Juan de Espinoza Medrano: Sobre la naturaleza de los universales», Humanidades (PUCP), No. 3 (1969), 131-185. Ver mi «El Lunarejo on Abstract Entities», Concordia (Aachen), No. 20 (1991) 91-98.*
- 7 *Candido lectori: Scotistas amo et veneror, nominales Jesuiticae scholae colo et summe diligo, nec minus utique quam duces meos, id est Thomisticae scholae doctores...*
- 8 *Quod potui legi et in hoc opere laudo. Non tamen Scholasticos omnes videre licuit, praesertim ex antiquioribus...; juniorum autem libri vel raro veniunt, id fuit in causa cur eorum nominibus nostras pagellas haud ornaremos.*
- 9 *Pej., Caramuel (m1682) mencionó a Gassendi y Descartes, T. Compton-Carleton, S.J. (m1666) a Descartes, y S. Izquierdo, S.J. (m1681) a Bacon.*
- 10 *Me parece que también hay que tomar la rebelión escolástica del siglo xvii en continuidad con una debilitación en la enseñanza de la lógica que había ocurrido hacía un siglo en España. En el primer tercio del siglo xvi los textos impresos de lógica eran sumamente complejos, lo cual provocó una simplificación en aras de la pedagogía.*
- 11 *Hurtado m1651, Arriaga, m1667 y Oviedo m1651.*
- 12 *Recentes, recentiores, neoterici, juniores, nuperi.*
- 13 *38:34.*

- 14 *Pej. dijo que casi todos los autores jesuitas seguían a Hurtado en su resuscitación del nominalismo: Interiit iterum dogma hoc [nominalium] et, longissimis temporis atque oblivionis tenebris obrutum, tandem a Petro Hurtado Hispano Societatis Jesu scriptore valde ingenioso et aliis sociis restitutum est atque a Lethaeis undis vindicatum. Illum fere omnes ejusdem familiae auctores sequuntur...*(56:9).
- 15 *Gorgias: fragmentos 1, 3; Enesidemo: Sexto Empirico, Pyrroneiai hypotheseis, 1:35ss; Pirrón: Diógenes Laercio, Proem., 16; Arcesilao: Cicerón, Academica, 1:12, 45; Carnéades: Sexto Empirico, Pros tous mathematikous, 7.*
- 16 Inquiry concerning Human Understanding.
- 17 «*Auto sacramental del Hijo Pródigo*» en *Dramatische und lyrische Dichtungen der Keshua-Sprache*, ed. E. W. Middendorf (Leibzig, F.A. Borckhaus, 1891), p.76, renglones 1411-14.